

Temas de Historia Medieval

Coordinador: JOSÉ MARÍA MONSALVO ANTÓN

GISELA B. CORONADO SCHWINDT
LIC. Y PROF. DE HISTORIA

2017.

LOS CONFLICTOS SOCIALES EN LA EDAD MEDIA

José María Monsalvo Antón



NO fotocopie el libro

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los

derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sigs. Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.



EDITORIAL
SÍNTESIS

2016

Consulte nuestra página web: www.sintesis.com
En ella encontrará el catálogo completo y comentado

Imagen de cubierta: John Ball anima a Wat Tyler y sus rebeldes en 1381.
Crónicas de Foissart, ms. Royal 18 E i f. 165v, British Library.

© José María Monsalvo Antón

© EDITORIAL SÍNTESIS, S. A.
Vallehermoso, 34. 28015 Madrid
Teléfono 91 593 20 98
www.sintesis.com

ISBN: 978-84-9077-422-9
Depósito Legal: M-40.790-2016

Impreso en España - Printed in Spain

Reservados todos los derechos. Está prohibido, bajo las sanciones penales y el resarcimiento civil previstos en las leyes, reproducir, registrar o transmitir esta publicación, íntegra o parcialmente, por cualquier sistema de recuperación y por cualquier medio, sea mecánico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o por cualquier otro, sin la autorización previa por escrito de Editorial Síntesis, S. A.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN. LOS HISTORIADORES Y LOS CONFLICTOS SOCIALES MEDIEVALES . . .	13
1. RESISTENCIAS CAMPESINAS EN EL PERIODO ALTOMEDIEVAL	25
1.1. <i>Acciones contra la señorialización</i>	25
1.1.1. Siervos y campesinos libres contra la dependencia y la pérdida de espacios económicos	27
1.1.2. Grandes revueltas regionales: los Stellinga y los campesinos normandos	32
1.2. <i>Resistencias altomedievales en la península ibérica</i>	35
2. CONFLICTOS CAMPESINOS EN LA ÉPOCA DE LA EXPANSIÓN AGRARIA	39
2.1. <i>El cuadro básico: campesinos frente a señores</i>	39
2.2. <i>Comunidades, resistencias y logros campesinos</i>	50
2.2.1. Luchas y comunidades rurales en Francia, Italia y Alemania	51
2.2.2. Acción campesina en Inglaterra	63
2.2.3. Los Stedinger y otras guerras campesinas en regiones europeas poco señorializadas o periféricas	66
2.3. <i>Peculiaridades hispánicas</i>	69
3. REVUELTAS COMUNALES Y PRIMEROS MOVIMIENTOS ANTIPATRICIOS EN LAS CIUDADES	73
3.1. <i>Los burgenses y la emancipación ciudadana en los siglos XI y XII</i>	73
3.1.1. Aparición de las soberanías municipales y comunales	73

INTRODUCCIÓN. LOS HISTORIADORES Y LOS CONFLICTOS SOCIALES MEDIEVALES

Muchas de las fuentes medievales que recogieron fenómenos contemplados en este libro coincidirían con algunas teorías sociológicas, o incluso con un sector de la opinión pública, en una misma idea del conflicto social como algo negativo o disfuncional. La ruptura del orden, de la armonía social sería su característica principal y, como situación, sería algo accidental, fugaz e irregular. Ciertamente los historiadores actuales, como otros científicos sociales, están familiarizados con esta perspectiva. Pero hace tiempo que también han sabido evaluar los conflictos sociales no únicamente en términos de ruptura y dicotomía, ya sea entre clases, grupos o segmentos sociales –dependiendo de las tradiciones derivadas de Marx o de Weber–, sino también en clave de conciencia colectiva y cultura, a partir de las tradiciones de Durkheim, o bien en términos de socialización de los individuos, cooperación, competencia integradora o acción social regular, más en la línea de Simmel, al entender el conflicto como elemento de cohesión social, o bien en la idea de las resistencias ocluidas de Scott. Y es así que el historiador actual combina o utiliza categorías procedentes de diversas escuelas de teoría social, desde las más clásicas hasta las más recientes, lo que le ha permitido aprehender y emplear con eficacia los diversos lenguajes científicos sobre las clases, los grupos o las identidades colectivas. A este pensamiento sociológico adaptado se han ido añadiendo en las últimas décadas perspectivas bien conocidas por los historiadores, puestas en valor o creadas

por ellos, como la “antropología histórica”, el “análisis del discurso” o “giro lingüístico”, la “historia desde abajo”, las “culturas políticas” y otras categorizaciones que pueden resultar útiles para el conocimiento del conflicto en sociedades históricas.

Queda fuera de estas páginas definir en términos teóricos la noción de conflicto social. Convengamos en que es una categoría consolidada académicamente y con suficiente elasticidad para abarcar una amplísima fenomenología social, en este caso de la Edad Media. Requiere una mínima acotación: los conflictos puramente privados o individuales, los acaecidos en el seno de la familia o ámbito doméstico, las luchas entre instituciones de derecho público, o las tensiones internas en la Iglesia, entre otros, quedan fuera de nuestro objeto de análisis. Sí forman parte de él las tensiones socioeconómicas, sociorreligiosas o sociopolíticas, ya que el conflicto social reflejaba la situación material de los afectados, las creencias religiosas o las luchas por el poder o contra el poder, según los casos.

También es aconsejable no dejarse llevar por el léxico de la época. Las crónicas y otros documentos medievales emplearon una terminología variada: “*rebellio*”, “*seditio*”, “*conspiratio*”, “*coniuratio*”, “*tumultus*”, “*rumor*”, “*discordia*”, entre otras. Son palabras ya empleadas en el léxico del siglo XIII o antes, o sus equivalentes en lenguas vulgares, entre otras muchísimas expresiones. Eran fruto de tradiciones culturales cambiantes según épocas y países. Útiles expresiones pero imposibles de adoptar como criterio de clasificación. Adoptamos la palabra genérica de “conflicto”. Pero hay muchos matices cuando calificamos unos y otros como “movimiento”, “levantamiento”, “revuelta”, “protesta”, “tumulto”, “rebelión”, “disturbio”, “insurrección”, “agitaciones” u otras expresiones. El vocabulario del historiador permite poner el acento en determinadas características y connotaciones al decidir utilizar en cada caso unas determinadas palabras. Insinúa una gradación, si bien no planteamos a partir de este vocabulario una taxonomía, como tampoco, ya se ha dicho, una teoría general del conflicto.

Interesa destacar, de todos modos, que la terminología del historiador actual, en este sentido, no deja de ser una interpretación *ex post facto* de fenómenos empíricos del pasado. Lo mismo habría que decir de las clasificaciones que se han hecho por diversos autores de los conflictos medievales, siempre imperfectas y aproximativas. Solemos referirnos a “grandes levantamientos campesinos”, “tumultos de la miseria”, “pequeños disturbios

gremiales”, “revueltas fiscales”, “movimientos milenaristas”, entre otros. Lo cierto es que rara vez un único componente explica íntegramente un conflicto. Si resaltamos con el vocabulario algunas características es porque la necesidad de analizar, comprender y tipificar obliga a este ejercicio de crítica histórica y es fruto de la abstracción que caracteriza el trabajo del historiador.

Como la historia es fruto también de su tiempo, es preciso reconocer que en la temática de los conflictos medievales los puntos de vista han ido variando con el tiempo. Aunque suele haber un avance cuantitativo y cualitativo en las investigaciones, que no es lineal ni progresivo, lo cierto es que en cada momento, en lo referente a los grandes cuadros interpretativos, los historiadores han querido ver o subrayar unos determinados aspectos. Prescindiendo ahora de una valoración específica para la península ibérica —por comodidad, aunque hay bastante paralelismo con la situación general—, es perceptible esta evolución cambiante de los grandes marcos interpretativos.

Fue en el siglo XIX cuando se consolidó la Historia como conocimiento racional y científico. Aparecieron entonces los primeros estudios sistemáticos sobre los principales conflictos medievales. Según la forma de entender la historia en aquel siglo, destacaban los grandes hechos del pasado, sobre todo nacionales. Se quisieron ver paralelismos entre algunos movimientos medievales y otros de la época contemporánea. Y no solo entre historiadores. Los problemas de la violencia de clases habían interesado, por ejemplo, a Engels, que dedicó en 1850 un largo estudio a la historia de las guerras campesinas alemanas de principios del XVI, considerando estos fenómenos de enfrentamientos campesinos sustanciales en la Historia. El libro terminaba con una comparación entre la revolución de 1525 y la de 1848, año de insurrecciones obreras y del manifiesto comunista (Engels, 1969, orig. 1850).

En un ámbito más académico, los conflictos del pasado, de la Edad Media o Moderna, eran también un espejo de la época contemporánea. No siempre había idealización de las revueltas o aversión a las mismas, pero los prejuicios en uno u otro sentido eran fuertes. Si para muchos eran símbolos de la lucha del hombre contra las injusticias, otros veían en ellas la peligrosa huella histórica de la anarquía y el desorden. En general los estudios del XIX no cargaron mucho las tintas sobre estos efectos negativos. Las revueltas de París de 1358, tanto en la ciudad como en el campo, parecían encon-

trar gran semejanza con acontecimientos de la Revolución francesa. Libros como los de Luce, de 1859 –reeditado unas décadas más tarde– o Perrens, de 1860, consolidaban entre los franceses la idea de que una revuelta como la Jacquerie, y personajes como Étienne Marcel, formaban parte de la historia de Francia, y de la conciencia nacional tanto o casi como la toma de La Bastilla o Robespierre. Y en cierto modo eran precedentes de estos últimos (Luce, 1894; Perrens, 1860). El interés de los historiadores por otras revueltas reforzó su inclinación por una cierta idea de los campesinos *en colère*, consolidándose el mito de que el sentido insurreccional era uno de los componentes del pueblo en el Antiguo Régimen. Los ideales nacidos de la Revolución francesa impusieron una Edad Media imaginaria en la que había un espacio para esa imagen del furor campesino, el ataque al castillo y la muerte del señor. El punto de vista de Simeón Luce a propósito de 1358 era representativo de una forma de pensar netamente decimonónica: comprensión hacia la penosa situación de los *jacques*; denuncia esencial del feudalismo como causa de injusticias, atraso histórico y mal gobierno; reconocimiento al mismo tiempo de los excesos y desorden, cuando no brutalidad criminal, de un revuelta necesaria para la caída secular de un orden señorial caduco. Se empezaron a conocer otros fenómenos, como los ataques de los campesinos del Languedoc durante 1363-1384, los Tuchins, vistos entonces como otra forma de *jacquerie*. También se comenzaron a estudiar revueltas urbanas, como las de los artesanos de París o Ruan de 1382 o la de *Caboche* y los carniceros de París a principios del siglo xv. Los estudios de Boudet y Coville dan cuenta de este interés de la historiografía francesa por las revueltas medievales (Boudet, 1895; Coville, 1888).

Perspectivas semejantes se hallan para otros ámbitos. El levantamiento de los trabajadores de Inglaterra de 1381 fue valorado en toda Europa como un hecho importante en el devenir de la historia de este país. Varias obras muestran estas preocupaciones (Powell, 1896; Réville, 1898; Oman, 1906). En la Italia de fines del xix y primeras décadas del siglo xx, con muy activas luchas populares, el pasado medieval brindaba ejemplos magníficos para dar a las luchas entre explotadores y explotados el necesario recorrido histórico que cierta conciencia política demandaba en círculos intelectuales. Rodolico, que a fines del siglo xix se interesó por el pueblo bajo florentino del siglo xiv y que décadas después jalonó su larga trayectoria con una monografía sobre el *Tumulto dei Ciompi* de 1378, ejemplifica mejor

que nadie esa homologación entre las luchas de los obreros textiles de la Florencia medieval y las luchas proletarias de la era industrial (Rodolico, 1998; 1905; 1945).

Los historiadores vieron reflejadas en la Edad Media preocupaciones de su propia época: los “grandes hechos” nacionales; las luchas de los “ciudadanos” frente a la opresión, una idea importante en una Europa forjada por la burguesía revolucionaria; las luchas de los pobres y “los trabajadores”. Algunos protagonistas de las revueltas medievales simbolizaban un nuevo tipo de héroe semejante al de muchas de estas causas que interesaban en el xix. Étienne Marcel, Jacques y Philippe van Artevelde, Wat Tyler, entre otros, fueron idealizados como figuras nacionales o líderes del pueblo tanto en el imaginario popular como en las tradiciones académicas.

Henri Pirenne, historiador de gran talento y que resultó muy influyente en el primer tercio del siglo xv, dedicó un estudio y aportó documentación sobre un acontecimiento importante en la historia de su Bélgica natal: la revolución del Flandes Marítimo en la tercera década del siglo xiv (Pirenne, 1900). El influjo de Pirenne fue más lejos en sus célebres estudios sobre ciudades medievales. Construyó un juego de contraposiciones que trasladó a la ciudad medieval: *burgenses*, luchas comunales, libertades, comercio, todo esto representaba el progreso; por el contrario, Iglesia, feudalismo, señores o nobles, eran los elementos retrógrados. Estos puntos de vista, claramente conectados con los ideales de la Revolución francesa, marcaron la imagen que se tuvo de la Edad Media, en concreto del mundo urbano. Las luchas de los habitantes de los *burgos* contra los obispos en los siglos xi y xii se acabaron homologando a las luchas del Tercer Estado contra las fuerzas reaccionarias de la tradición, la religión y los señores feudales. El estudio de Tait de 1936 sobre el municipio medieval inglés, supuesto precedente de su constitucionalismo, o –con los precedentes ideológicos de A. Thierry y Michelet–, el célebre libro que en 1947 Petit-Dutaillis consagraba a las revueltas comunales entre el Loira y el Rin, son reflejo de estos puntos de vista. Eran visiones nacidas del liberalismo aplicado a las primeras comunas urbanas, consideradas preludio de las libertades contemporáneas (Tait, 1936; Petit-Dutaillis, 1947).

La herencia de Pirenne, pero sobre todo los conocimientos que se iban poseyendo sobre ciudades medievales, desembocarían en el ecuador del siglo xx en un interés por la historia económico-social, perceptible por ejem-

plo en algunos trabajos sobre conflictos urbanos (Wolff, 1947). Pero sobre todo fue importante la consagración de la historia rural antes y hacia los años cuarenta, de la mano fundamentalmente de Marc Bloch. El conocimiento del mundo rural medieval, las realidades señoriales, las condiciones jurídicas o tributarias del campesinado, los problemas de la renta agraria y otras cuestiones favorecieron la contextualización de las luchas sociales dentro de los problemas de desarrollo agrario y estructuras materiales de campos y aldeas. Marc Bloch fue en esto un pionero (Bloch, 1978, ensayos de 1931-1941). En los años cuarenta y cincuenta la instalación en la universidad de los estudios de historia urbana y rural favoreció el conocimiento de los movimientos sociales. Los modelos de monografías típicas, ya fuera el estudio regional profundo a la manera francesa o los estudios de *manors* a la manera inglesa, por ejemplo, impulsaron la publicación de numerosos trabajos en forma de artículos o libros de referencia (Wilkinson, 1940; Lindsay y Groves, 1950). Los primeros trabajos de Rodney Hilton, que ya escribió en 1950 un trabajo con H. Fagan sobre la revuelta de 1381, nacieron en ese contexto y acompañaron al gran historiador inglés desde los años cincuenta hasta su muerte.

Las grandes aportaciones de Hilton corresponden ya a los años sesenta y setenta del siglo pasado, época sin duda destacable para la temática. Pero hay que tener en cuenta que incluso ya antes de esa época nuevos influjos teóricos estaban marcando las preocupaciones de los historiadores. Aparte de Bloch, el influjo del marxismo se trasladada a la Edad Media con sus nociones de emancipación popular y lucha de clases. En la periferia del mundo académico, con la pasión de la militancia sindical, el didactismo revolucionario y la voluntad de encontrar las raíces de la democracia radical en los movimientos sociales medievales, Dommanget publicaba en 1958 una pequeña monografía sobre la Jacquerie justo al cumplirse su seiscientos aniversario. Ese año aparecían también unas primeras obras sobre la revolución husita, a cargo de J. Macek, y sobre los movimientos populares en Italia, a cargo del ruso V. Rutenburg. Años después se reeditarían, con ampliaciones o modificaciones, estas ediciones (Dommanget, 1958-2012; Macek, 1975; Rutenburg, 1983, ed. italiana 1971).

Estos trabajos convivían con otras tradiciones historiográficas, que sobre todo en el ámbito francés de los sesenta habían puesto también el énfasis en los movimientos sociales. La edición original de Mousnier, que en 1967

creaba la potente imagen historiográfica de los “furores campesinos”, o la edición francesa en 1963 de la obra de Porschnev, en ambos casos sobre movimientos sociales de la Edad Moderna, contribuyeron a realzar las grandes insurrecciones campesinas (Mousnier, 1976; Porschnev, 1978).

Para la Edad Media, aunque también en general, la década de los setenta —en un sentido amplio, desde 1968 hasta comienzos de los ochenta— elevó a la máxima expresión la idea de lucha y movimiento social. La época aportó obras de referencia al tema de los conflictos sociales.

Así, pese a la ausencia de aparato crítico, era enormemente documentado el libro de 1970 de Mollat-Wolff, *Ongles bleus, Jacques et Ciompi. Les révolutions populaires en Europe aux XIVe et XVe siècles*. Los autores planteaban, desde el ángulo de la historia social de la Escuela Francesa fundamentalmente, las grandes preguntas sobre las causas y sobre los actores, destacando al respecto la distinción entre luchas “de los medios contra los grandes”, de las luchas “contra la miseria” y de los pobres, así como los problemas políticos en el fondo de los conflictos. El Estado adquiría cierto relieve como factor para entender algunos conflictos. Los autores se planteaban también si los movimientos eran locales o generales, qué componentes tenían en común, si había contagio entre ellos o cómo influían las coyunturas y las crisis de subsistencias. Ofrecían un elenco amplio de movimientos urbanos bajomedievales. Mucho menos empírico era el trabajo de Fourquin de 1972. Obsesionado por neutralizar las ideas marxistas de revolución y lucha de clases, hacía una gran clasificación: los movimientos con acento religioso o milenarista; aquellos otros que afectaban a la movilidad social y que eran movidos por las élites; y los de carácter popular, campesino o urbano, que solían responder a la miseria y la carestía. El fuerte peso de lo coyuntural en estos movimientos le servía al autor para criticar el determinismo “marxista”, insistiendo en lo imprevisto y lo accidental de las revueltas más importantes. Por el contrario, el libro de Hilton en 1973, *Bond Men Made Free: Medieval Peasant Movements and the English Rising of 1381*, reunía el rigor de la escuela marxista de historiadores británicos. Su visión del levantamiento de 1381 implicaba el uso de las ideas de revolución, lucha de clases y sentido histórico en la transformación del feudalismo, campo en el que Hilton era una autoridad. Hubo por aquellos años varios trabajos italianos, amén de otros estudios sobre la guerra de los campesinos alemanes de Blickle, nuevas revisiones de los conflictos en la Edad Moderna de G. Rudé

y en general una enorme ampliación de los estudios locales y regionales. Se fijaron ya los grandes paradigmas sobre el tema (Mollat, Wolff, 1976; Fourquin, 1976; Hilton, 1978; Blicke, 1975; *Il Tumulto dei Ciompi*, 1981). Y se decantaron en el panorama universitario, como materia obligada de explicación en las clases de Historia Medieval, las grandes revueltas o revoluciones sociales medievales: la Jacquerie de 1358, la “revolución” inglesa de 1381 y el tumulto de los Ciompi de 1378.

Fourquin o Mollat-Wolff, historiadores de la economía y la sociedad, hicieron las grandes preguntas tal como podían interesar en los años sesenta y setenta: las divisiones sociales, a partir de las polémicas sobre los estamentos y las clases; la dicotomía entre objetivos de reforma o de revolución, entendiendo esta última como cambio drástico, profundo y de largo alcance; la relación entre las élites y las masas; la inevitable búsqueda de las causas, con gran énfasis en los efectos de la miseria y la pobreza en los conflictos sociales; y el papel importante de las coyunturas en la historia. Los enfoques marxistas, de Hilton en concreto, compartían estas preguntas, aunque no las respondían igual. Acentuaban la cuestión de la lucha de clases, la explotación económica y el papel de la ideología, pero además con la peculiaridad de un enfoque de “historia desde abajo” característica y estandarte del marxismo británico.

Pese a que en términos de interpretaciones el final de los setenta hasta el final del siglo xx ha sido fructífero, se puede hablar de un cierto *impasse* en el estudio de los conflictos. A principios de los ochenta se difundían las posiciones del *tournant critique*, el posmodernismo y la nueva historia cultural. Los movimientos sociales dejaron de estar en el centro de las prioridades. Hubo mucha producción, por supuesto. Pero lo principal del periodo 1980-2000 es la consolidación de determinadas interpretaciones que han ampliado los ángulos desde los que se ha analizado la temática. Quizá el abandono, normalmente implícito, no tanto de los paradigmas marxistas como sobre todo de lecturas demasiado planas de la lucha de clases, sea un cambio importante de estas décadas. Las ciencias sociales siguen aportando categorías útiles, como las formas de resistencia indirectas (Scott, 2000) o la noción de memoria social (Fentress, Wickham, 2003) o la revisión desde la lingüística del concepto de ideología (Van Dijk, 2003). Pero además han triunfado en estas décadas enfoques y perspectivas como la microhistoria, el análisis del discurso, la preocupación por el lenguaje, así como una eclosión

de estudios regionales o locales, que han incrementado los conocimientos y ampliado los puntos de observación sobre la temática: los temas de milenarismo, cultura popular o predicadores han mejorado el conocimiento de aquellos conflictos que arrastraban un fuerte peso de la religión (Brooke y Brooke, 1984; Mullet, 1990; D’Avray, 1985; Coss, 1985); la revisión de algunos conflictos con nuevas perspectivas de análisis sociotopográfico (Stella, 1993); los análisis sobre fuentes (Medeiros, 1979; Justice, 1994); la preocupación específica por la violencia, dentro de los conflictos (*Violence et contestation*, 1990), o las emociones, como la cólera campesina (Freedman, 1998), pero también la violencia como fenómeno específico y cultural, ya al margen de la lucha social propiamente dicha, es decir, los problemas de represión, identidades, criminalidad, exclusión y odios interpersonales, entre otras temáticas (Geremek, 1989; Gonthier, 1992).

Son líneas, como la violencia, por ejemplo, no directamente relacionadas con el objeto de los movimientos sociales pero que inciden en el conocimiento del mismo, que han continuado ya en este siglo (Gauvard, 2005; Devia, 2013; Skoda, 2013) y que contextualizan mejor los conflictos en general. Precisamente, la historiografía más específica sobre conflictos medievales ha tenido en la primera década del presente siglo, y hasta la actualidad, un cierto florecimiento. Se han planteado encuentros o congresos con intención de revisar las temáticas generales, como *Rivolte urbane e rivolte contadine nell’Europa del Trecento* (Bourin, Cherubini, Pinto eds., 2008) o *Les luttes anti-seigneuriales dans l’Europe médiévale et moderne* (Brunel, Brunet eds., 2009). Han vuelto a aparecer obras de referencia. Se han levantado ahora sobre la epistemología de los conflictos generada en las décadas precedentes, sobre todo la importancia de los aspectos culturales, simbólicos y los discursos. Ya no son cuestiones novedosas. Pero ahora emerge la ambición de poder extender la observación a una banda enorme que transcurre entre los microanálisis de casos locales y las grandes interpretaciones con propuestas cuantitativas. Los trabajos de S. K. Cohn —entre ellos, *Lust for liberty. The politics of social revolt in medieval Europe, 1200-1425: Italy, France and Flanders*— son representativos en esta nueva sistematización. Si Mollat y Wolff hicieron las preguntas de los setenta, Cohn (Cohn, S. K., 2006, 2013), como otros historiadores actuales de los conflictos urbanos, hace las preguntas de principios del nuevo milenio. Hay un cierto consenso en fijarse en otros conflictos y no solo en los grandes

y clásicos movimientos, que siguen siendo los de Flandes Marítimo, las revueltas obreras de Gante, la *Jacquerie*, el *Great Rising* inglés –así titulaba su libro A. Dudd, *The Great Rising of 1381. The Peasant's Revolt and England's Failed Revolution*–, los *ciompi* y la revolución husita. Estos siguen siendo, claro está, las “joyas de la corona”. Y se siguen estudiando. Pero se sabe hoy que estas grandes convulsiones fueron en cierto modo la excepción y que los patrones de la conflictividad social en el fondo no se corresponden con tan excepcionales acontecimientos. Se entrevé también la posibilidad de identificar, aunque sea a partir de noticias parciales, el grueso de casos. Como las 1.112 protestas de las que, según Cohn, hay noticias entre 1200 y 1425 en Flandes, Italia y Flandes. Muchos de ellos fueron pequeños enfrentamientos locales en la más baja escala de tensión social. Pero hoy se sabe que eran más característicos que las grandes convulsiones. Se resitúa también la proporción asentada en los setenta entre revueltas urbanas y rurales: en ese citado ámbito geográfico, apenas 60 revueltas, menos del 6%, eran propiamente rurales, y de ellas solo diez enfrentaron directamente campesinos con sus señores (Cohn, 2006: 14, 27; Cohn, 2008). No todos los parámetros cambian: se confirma cuantitativamente el abrumador predominio de las revueltas durante el siglo XIV. Habría que entender en un sentido laxo, como un “largo siglo XIV”, este periodo: incluiría las últimas décadas del XIII y se extendería hasta el primer cuarto del siglo XV.

Tal como ocurre en muchos campos de las ciencias humanas, el número de investigaciones siguen aumentando. Estudio de más casos, sin duda. Pero también nuevos énfasis. Los microanálisis harán aportaciones notables a la cuestión. Asimismo, aunque ya no es algo nuevo, se subraya la indagación de los nuevos parámetros que se han ido introduciendo en las prioridades de los historiadores: los problemas de comunicación, las identidades socioculturales de los grupos y la diversidad de lenguajes o “gramática” de la revuelta. No en vano, el ya bien asentado académicamente “giro lingüístico” y el “análisis del discurso” pueden guiar estas preocupaciones sobre el léxico, los lenguajes simbólicos y la idea de representación, ámbitos sobre los que existe un interés creciente al compás de una consolidación de una historia cultural y de las ideas cada vez más porosa hacia la interdisciplinariedad.

Frente a las posiciones de hace treinta o cuarenta años, hoy no solemos dudar de que los protagonistas de las protestas populares tuvieron un discurso propio, unas ideas que no eran meros ecos de las de las élites (*Le*

petit peuple dans l' Occident médiéval, 2002; *The Voices of the People*, 2014). Y, pese a que ha gozado de mucho predicamento –a partir de las teorías de Scott– la tesis del “arte de la resistencia”, las evidencias sobre la protesta medieval demuestran que el discurso no fue un discurso “oculto” u oblicuo. Los campesinos, artesanos o disidentes religiosos casi siempre identificaron bien a sus enemigos o los puntos neurálgicos de la explotación u opresión que padecían. Hoy sabemos que fueron capaces de enfrentarse a ellos abiertamente y sin esconder sus propósitos, sin ese camuflaje fetichista de la realidad que algunos han querido ver en las resistencias de los de abajo.

Tampoco fueron los rebeldes sociales –hoy lo sabemos– meros vectores de réplica conductista a las calamidades de las hambrunas o las crisis de subsistencias, como habían sugerido los estudiosos de los conflictos de la Edad Moderna y Antiguo Régimen hace unas décadas. La amplitud de onda es máxima en los actores de los conflictos, desde los acaudalados vecinos arribistas que tan solo querían ocupar un escaño en el gobierno de su ciudad, hasta los desesperados creyentes apocalípticos que esperaban un reino de Cristo en la Tierra, pasando por un elenco de obreros radicalizados de las factorías textiles, de artesanos descontentos con su mediocre estatus gremial, de contribuyentes hartos de las subidas de impuestos, de campesinos sin nada que perder y otros, sin embargo, dispuestos a acabar con las trabas a un modo de vida confortable que vislumbraban posible si se aprovechaban ciertos flujos favorables de la economía o que legitimaban en las tradiciones rurales de la aldea. Mucha variedad, sin duda, y diferentes respuestas. Una sociedad de comunidades urbanas o rurales, con autonomía, con conciencia, con organización y capacidad de negociación, como era la sociedad medieval, no ofreció un modelo de reacción esquemático y único. Esas comunidades, pequeñas pero bien articuladas, fueron capaces de hacer compatible la observación de cerca de las injusticias o los agravios contingentes con la denuncia profunda de una Iglesia, unas clases dirigentes o unos poderes públicos nada ejemplares. Pero los escenarios de la protesta social fueron tan variados y a veces tan localistas que la lucha contra la opresión y la falta de justicia no se redujo a un patrón simple de respuesta mecánica a estímulos impersonales, previsibles o meramente económicos. Esto también lo vamos comprendiendo cada vez mejor.

Parece previsible que en los próximos años las bases de conocimiento, pese a su incremento, no modificarán sustancialmente las interpretaciones

actuales, ya que se observa hace tiempo una gran consolidación de los grandes paradigmas y de los datos esenciales sobre los conflictos medievales. Pero es seguro que los enfoques o las perspectivas sufrirán cambios, al menos en algunos acentos particulares y en aquellos aspectos que los historiadores quieran enfatizar. Las nuevas orientaciones de las ciencias sociales se dejarán sentir y se incrementarán los estudios de casos. Por eso la historia de los conflictos sociales tiene que percibirse, como tantos otros objetos de estudio, como un tema abierto, inserto en una tradición historiográfica, ya honda y prolongada, pero que podrá y deberá ser revisado por cada nueva generación de medievalistas.

1

RESISTENCIAS CAMPESINAS EN EL PERIODO ALTOMEDIEVAL

En un mundo donde la población rural superaba el 95% e imperaba la economía natural, las relaciones en el campo eran el único escenario posible para la aparición de tensiones y resistencias. Pero el periodo alto-medieval está mal documentado y es en el que resulta más difícil apreciar la conflictividad social. La expansión de los grandes dominios en las zonas más romanizadas de Occidente era el fenómeno más patente del largo proceso de formación del feudalismo a partir de la herencia social y agraria de la Tardoantigüedad. Ellos fueron los marcos habituales de los conflictos. Pero los dominios no existían en muchas partes de Europa. En las áreas y las regiones donde no se habían extendido estas formas de dominación, sus habitantes resistieron a veces para evitar la implantación de las mismas, o cuando vieron amenazada su libertad, o cuando consideraron que sus derechos de uso sobre espacios comunes y aprovechamientos tradicionales estaban en peligro.

1.1. Acciones contra la señorialización

El mundo campesino europeo era dual. Existían en la periferia vastos países aún desconocedores o en fase muy embrionaria de feudalización. Incluso en el arco geográfico entre los Pirineos y el Rin, muchas comarcas y zonas regionales o subregionales seguían ajenas a la penetración del régimen señorial.